

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID		Pesetas
Mes.....	1	
Trimestre.....	2,50	
Semestre.....	5	
Año.....	10	
PROVINCIAS		
Tres meses.....	3	
Ses.....	5,50	
Año.....	10	
Extranjero y Ultramar..	8 pesos	
CORRESPONSALES		
25 números de EL MOTÍN.	2,50	
NÚMERO DE EL MOTÍN		15 céntimos.

# El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

## ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

## CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 55.

## NÚMERO ATRASADO

25 céntimos.

## ESTANISLAO FIGUERAS

El arte por excelencia es el arte de la palabra. Prescindiendo de sus cualidades intrínsecas, del pensamiento, de la lógica, la palabra oral tiene, como el verso, ritmo; como la música, armonía; como la pintura, dibujo y colores; como la estatua, relieve; como el arte monumental, su arquitectónica; como la guerra, táctica; como la esgrima, supremas leyes de habilidad y destreza; como la moral, reglas supremas de justicia. La palabra es la más rica y más variada manifestación del espíritu humano, y tiene muchos grados, muchos matices. Entre los primeros artifices de la palabra, entre los grandes oradores con que hoy se honra nuestra patria y su tribuna, cuentan todos a D. Estanislao Figueras, ilustración del país que le ha visto nacer, gloria del partido republicano que le debe la dirección de su campaña en las Constituyentes, sin ejemplo por lo prudente y lo enérgica en nuestros fastos parlamentarios.

Antes de analizar el carácter distintivo de los discursos de Figueras y de su personalidad política, vamos a dar algunos datos biográficos que corroboran la fama de que goza el orador republicano como modelo de consecuencia y dignidad en su gloriosa carrera parlamentaria.

Nació Figueras en la bella y culta Barcelona en 13 de Noviembre de 1819.

Después de haber cursado humanidades en la Escuela Pía de aquella ciudad, donde estuvo de interno cinco años, pasó a estudiar filosofía a Cervera y luego a Tarragona.

Estudió leyes en las universidades de Barcelona y Valencia, terminando su carrera el mes de Junio de 1842.

Siendo aún estudiante figuró ya en política, mostrando un ardor extraordinario en la defensa de los principios liberales, y alistándose desde 1837 en las filas del partido progresista, que representaba a la sazón las aspiraciones más radicales de la juventud.

Pero su genio activo y su ardiente amor por todo lo grande y por todo lo justo, le separaron en breve de una escuela política que no satisfacía ya las naturales exigencias de una época revolucionaria. En 1840 se afilió en el partido republicano, habiendo sido de los primeros que abrazaron esta idea en España.

Después de los sucesos de 1842, que produjeron el bombardeo de Barcelona, disintió del partido republicano en la apreciación de aquel acontecimiento.

Entró por entonces a formar parte de la redacción de *El Constitucional*, con Mata y Ribot.

Cuando tuvo lugar la famosa coalición que arrojó del poder al general Espartero en nombre de los principios liberales, se opuso con toda su energía a aquel alzamiento, cuyas funestas consecuencias predijo.

Después de la caída del regente y del advenimiento al poder del partido moderado, retiróse al pueblo donde vivía su madre (Tivissa, provincia de Tarragona), continuando sus relaciones con los republicanos, que le nombraron su comisionado en Madrid en 1848 para organizar el movimiento intentado por el partido liberal en aquella época.

Habiendo fracasado la revolución, por dos veces intentada y las dos veces vencida, pasó Figueras a Tarragona, donde se estableció de abogado en 1849.

Fue elegido la primera vez diputado en 1851, por el primer distrito de Barcelona. En aquellas Cortes formó un núcleo republicano con Orense, Lozano y Jaén.

En 1854 fue individuo en la Junta revolucionaria de Tarragona, y diputado a Cortes por la misma provincia. Fue uno de los veintinueve que en 30 de Noviembre de 1854 votaron contra la monarquía.

Desde entonces reside en Madrid, ejerciendo la profesión de abogado, en la cual ha adquirido fama envidiable, siendo uno de los jurisconsultos más bien reputados de Madrid.

En 1862 fue elegido diputado por el primer distrito de Barcelona, y combatió con su amigo y entonces correligionario D. Nicolás María Rivero, las administraciones de la unión liberal que entonces imperaron.

Decidido el retraimiento de los dos partidos progresista y democrático, y habiendo fracasado el movimiento de 3 de Enero de 1866, Figueras se apartó un tanto de la política activa y militante, aunque sostuvo siempre relaciones con los hombres más importantes de su partido, y no dejó de trabajar, aunque indirectamente con sus consejos, por el triunfo de la segunda tentativa revolucionaria, verificada en Junio de aquel año.

Después de aquella malograda revolución, cuyas consecuencias fueron tan funestas para el partido liberal, se lanzó resueltamente en los trabajos de conspiración, que en combinación con los principales hombres del destierro, seguían algunos en Madrid.

A consecuencia de estos trabajos fue preso el 12 de Mayo de 1867, de orden de Narvaez, y encarcelado en el Saladero, al mismo tiempo que su amigo D. Nicolás Rivero. Allí permaneció dos días, al cabo de los cuales, un comisario de policía y dos guardias civiles le condujeron a Pamplona. Al poco tiempo el Gobierno le mandó fijar su residencia en Aoiz. Se le levantó el destierro en Octubre de aquel año, cuando, venciendo la revolución en Aragón y Cataluña, el Gobierno no tenía nada que temer.

En los últimos acontecimientos fue nombrado individuo de la Junta revolucionaria, alcalde popular del distrito del Congreso, y en las elecciones municipales concejal del distrito del Hospital.

En las elecciones para las Cortes Constituyentes presentóse candidato en Barcelona, Tortosa, Vich y Madrid, siendo elegido en los dos primeros puntos.

Optó por la circunscripción de Tortosa. Conoció la biografía de D. Estanislao Figueras, vamos a analizar las cualidades intelectuales que tanto le enaltecen.

Uno de los grandes distintivos de nuestro amigo, acaso el primero, es su carácter moral. Nadie puede dudar, ni sus mayores enemigos, de la rectitud de sus móviles, de la nobleza de su alma, de la integridad de su vida.

Bajo apariencias de esa dulzura y de esa docilidad propias de los buenos caracteres, oculta una indómita energía que le ha auxiliado para sostenerse erguido, con la frente muy alta y muy serena, aquí en este país donde hemos visto tanta debilidad, tanta inconsecuencia, que sólo se explican por cualidades opuestas a las que a nuestro amigo enaltecen: por falta de energía en el carácter, ó por falta de fe en las ideas.

Nada hay tan difícil como desarraigar las preocupaciones. Se parecen a las costumbres que siempre quedan en el carácter de los pueblos, aun después de muertas las instituciones a cuyo influjo nacieron y se arraigaron fuertemente. Y es una preocupación general creer que en política son necesarias la malignidad en el carácter y las artes falaces en la vida; comprendiéndose eso allí en los palacios de los reyes, donde toda intriga tiene su habitación natural y toda inmoralidad política su natural asiento. Pero los procedimientos de la libertad, la política de los pueblos, los caracteres de los tribunos deben ser francos, leales, honrados; en una palabra, altamente morales.

El tribuno del pueblo, como el atleta griego, va al combate desnudo, y nada puede ocultar, ni siquiera los latidos del corazón, que apagan y esconden las preces, el terciopelo y los bordados con que se visten los cortesanos. Por eso la primera cualidad de la oratoria tribunicia debe ser la franqueza, y la primera virtud de carácter en el tribuno, la lealtad. Pero si a la franqueza en la expresión, si a la lealtad en el carácter reúne esa habilidad que es parte de la táctica de sus enemigos, y los persigue con sus propias armas recogidas en el campo mismo del combate, el tribuno del pueblo se eleva a una altura inmensa, y pasa a ser formidable en las condiciones mismas de la lucha para él más desventajosa. Pues tal es nuestro amigo Estanislao Figueras: la franqueza personificada, la lealtad suma, la habilidad suprema, una habilidad sin rival en esta Cámara donde tantas y tan múltiples dotes oratorias han brillado con jamás vistos resplandores.

El orador no puede ser juzgado en una de sus cualidades, aunque sea esencial, como la fantasía pronta, como la palabra fácil, no; debe ser juzgado en su con-

junto, en su figura, en su tono, en su voz, en su acción, porque todo contribuye al realce de la palabra.

Estanislao Figueras reúne grandes cualidades externas. Su figura le da esa prestancia oratoria de que hablaban los antiguos. El reposo de su actitud le añade majestad. Su acción, ni acompañada ni rápida, sino propia siempre del estado de su ánimo, es digna de su actitud. La serenidad inalterable; la posesión de sí mismo; la sonrisa benévola, que no se desmiente ni cuando los labios despiden acerados dardos; la calma perfecta, que contrasta con la agitación producida en torno suyo por su palabra; todas estas cualidades hacen de Figueras uno de nuestros primeros oradores parlamentarios, y de sus luchas en este singular Parlamento, una de las primeras glorias del partido republicano. Cuando los horizontes se oscurecen, cuando los mares se encrespan, cuando se amontonan las dificultades, todos volvemos instintivamente los ojos a Figueras, seguros de que su destreza sin igual nos ha de sacar a todos salvos, aunque nos enredemos en cuestiones reglamentarias, cuya solución posee siempre, ó nos engolfemos en cuestiones políticas, cuya palabra capital siempre se reserva con ese dón de oportunidad que es la primera de las virtudes parlamentarias.

Yo no olvidaré nunca la ocasión célebre en que la Cámara entera se volvió contra nosotros por algunas palabras de nuestros respetables amigos Orense y Pierrard en la manifestación contra las quintas. Sagasta vomitaba sobre nuestra frente sus ardientes discursos; Prim nos amenazaba; Topete nos dirigía esas interrupciones propias de su nervioso temperamento; las huestes de la mayoría vociferaban descompuestas; amenazas de expulsión se carnaban sobre la frente de algunos de nuestros diputados; y en aquel desorden, Figueras, seguro de sí mismo, como un marino experto en una borrasca deshecha, ya aconsejaba a los unos, ya sostenía a los otros, ya con ademán imperioso reñaba las justas cóleras de sus amigos, ya despedía bombas asfixiantes en discursos breves como el relámpago y de los efectos del rayo sobre sus enemigos, convirtiendo en victorias las mayores dificultades, serenando los encrespados odios y volviendo salvo entre nosotros, cargado con sus penates y su familia, como dice Virgilio que salió Eneas del incendio de Troya.

La elocuencia política ha perdido mucho en nuestro tiempo. Desde luego compete con la tribuna en la prensa, que la eclipsa y le quita interés. Los asuntos que se discuten son, por regla general, prosaicos. El apóstrofe, las invocaciones, los recursos de la elocuencia griega están de nuestros Parlamentos proscritos, y no pueden ni siquiera intentarse sino cuando se tiene en la mano el corazón del auditorio, hostil en su mayoría al orador. El pueblo está ausente, ó relegado en las tribunas, donde no puede expresar su pensamiento ni sus pasiones. Compárese este ocaso auditorio, este hemisclero pequeño, con la agora griega; el mar al frente, como en el fondo del teatro trágico; el pueblo alrededor, bramando de cólera ó henchido de entusiasmo; los campos donde se levantan las estatuas de los dioses y los sepulcros de los héroes, a los cuales puede extender Demóstenes sus brazos suplicantes, y recordando los días de Marathón, pedir a los manes que en sombras majestuosas se levanten é infundan su espíritu, y con su espíritu su valor, en el ánimo de los degenerados atenienses, próximos a perder la patria y la República.

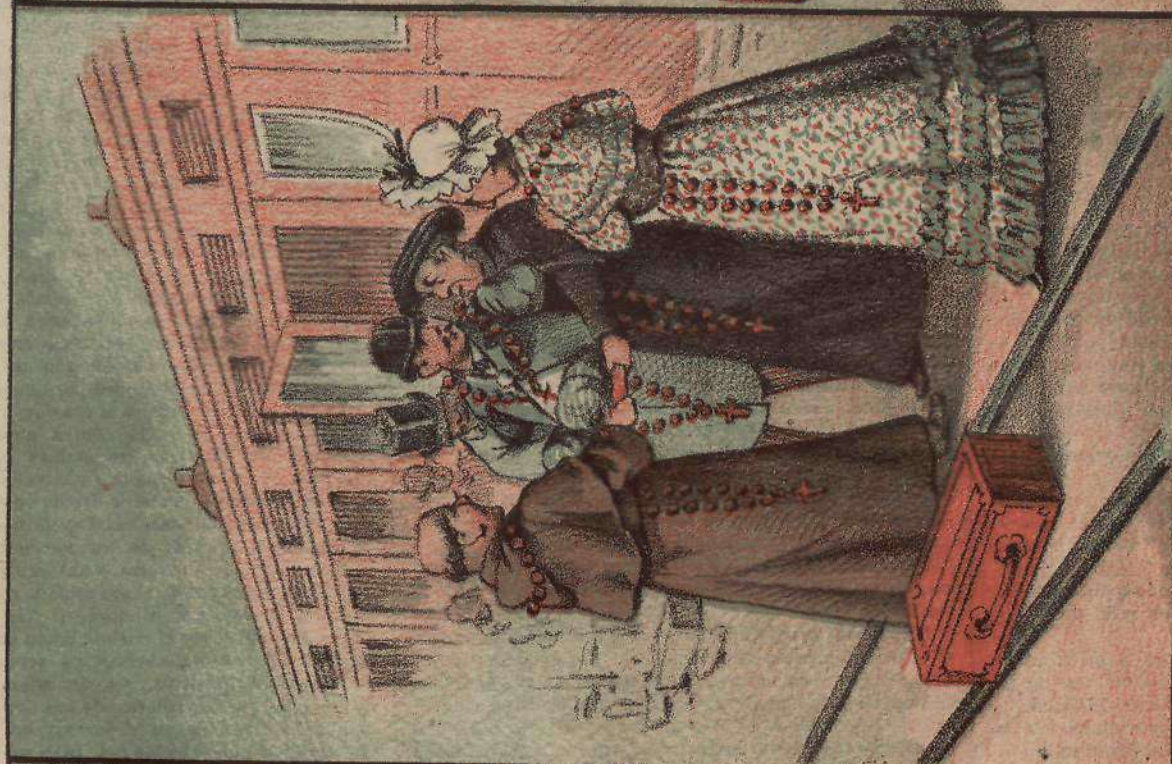
Así es que nuestra oratoria parlamentaria necesita ser sobria de adornos, sin degenerar en escueta; correcta, sin degenerar en limada; viva sin apasionamiento; dura sin acerbidad; contra el enemigo, siempre intencionada y nunca descortés; contra el convencimiento opuesto, razonada y no fanática; hábil, eternamente hábil, para conseguir con peregrina sencillez de medios, grandes y extraordinarios fines. El orador que se levante extremando sus propias ideas, desconociendo los lados buenos de las ideas contrarias; duro con las personas, desapacible, airado, poseído de esa cólera que estalla en rudas imprecaciones, jamás podrá conseguir éxito alguno en el Parlamento, ni para su propia persona, que granjeándose el aprecio público, alcanza influjo



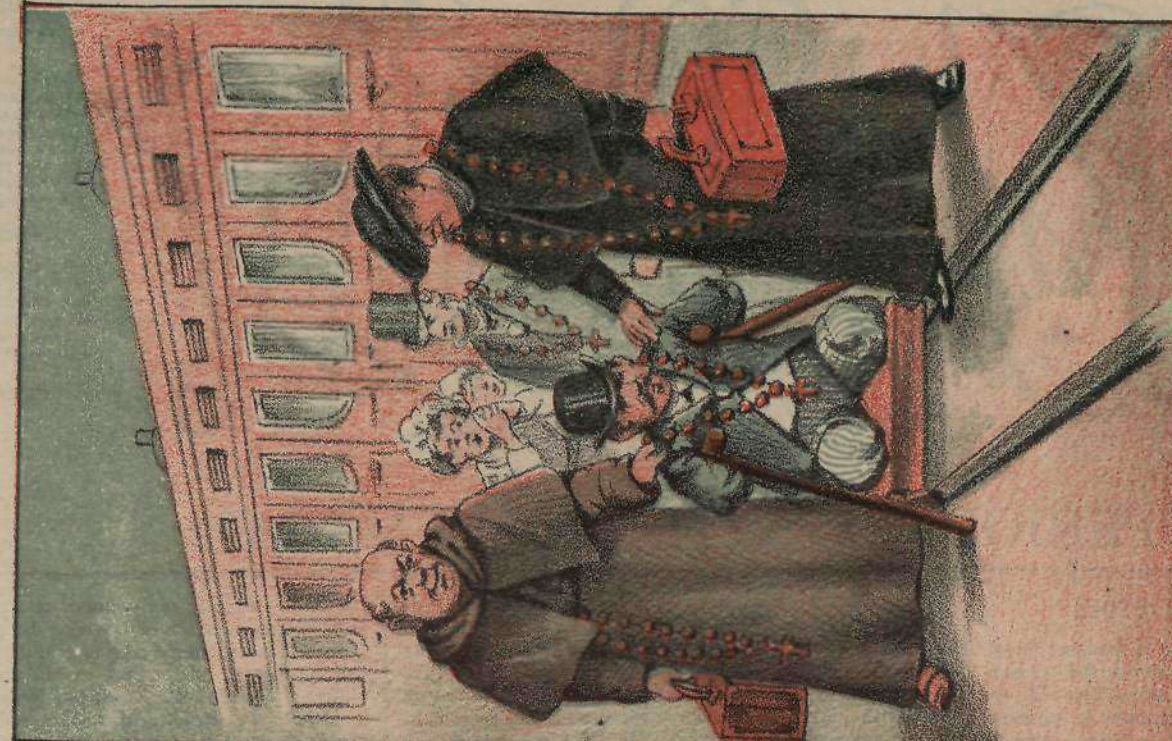
# EL MOTIN



1. En un convoy de Peregrinos que van á Londres en busca de la problemática curación de sus enfermedades (¿es que son tales), hallábase un infortunado que carecía de brazos y piernas, y por el cual todos los compañeros se ostaraban inútilmente.



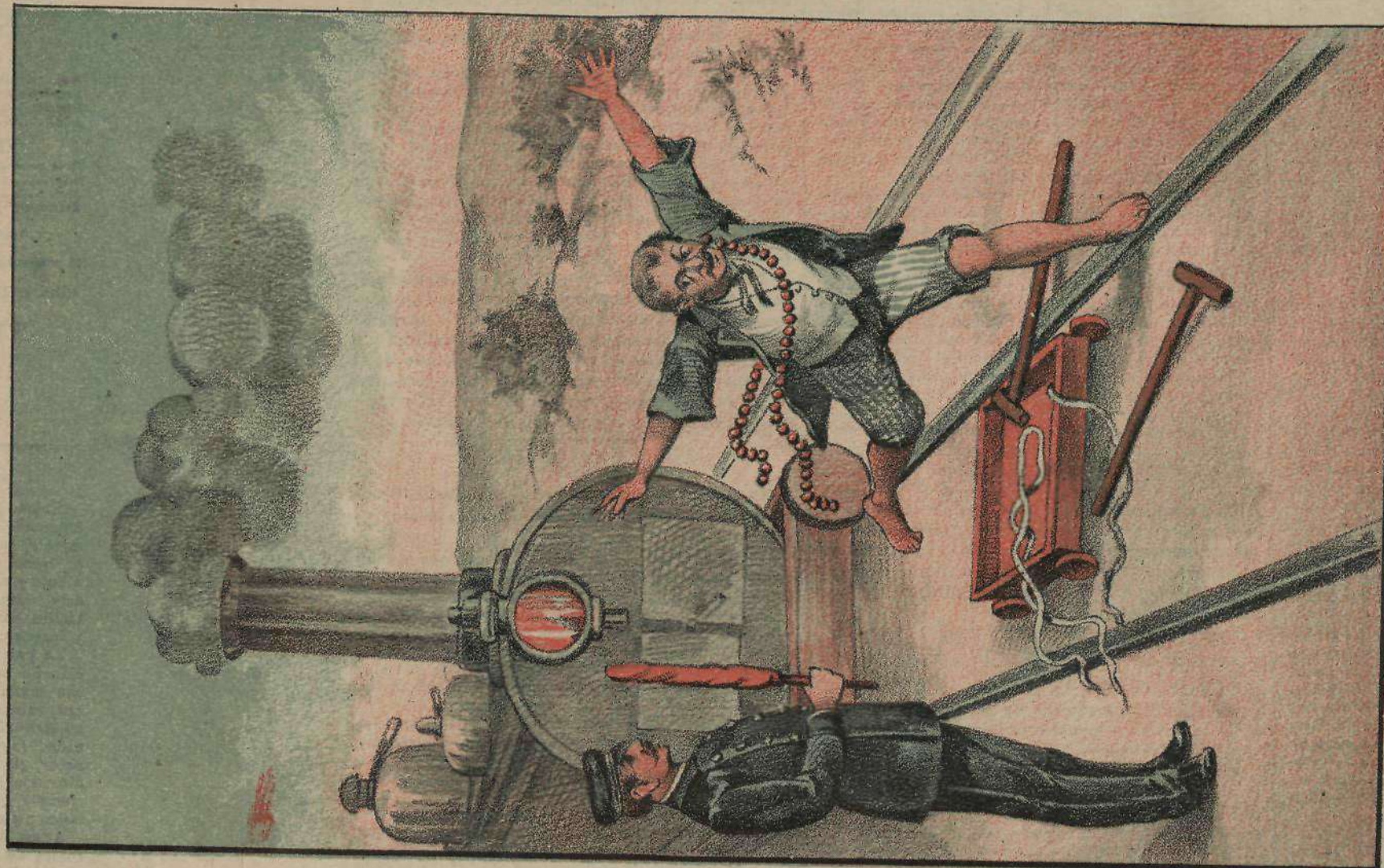
2. En la estación de llegada, al abandonar el vagón, cada uno rivalizaba en ser útil al pobre inválido, y con ayuda de cuerdas, mulas etc, pudieron colgarle en medio de la vía.



3. Y todos se reunieron á su alrededor. —¿En qué podemos serle útil? —preguntaba uno. —¡La Virgen todo lo puede! —añadía otro. —¡Y quién sabe si no volverá completamente curado, y con brazos y piernas nuevas!



4. Un empleado, llega corriendo pálido y aterrorizado, y exclama: —¡Imprudentes!! Habéis puesto aquí este pobrecillo y el *express* llega á toda máquina. —¡Misericordia!... gritan los peregrinos escapando.



5. Y el infeliz, viendo que no piensan ni se acuerdan de él, ¡Oh milagro anticipado! tira á un lado las mulas, rompe las ligaduras, y echa á correr con más velocidad que el tren. ¡Habría alguno que se atreva á negar el milagro!



social necesario á su partido, ni para sus propias ideas, que han menester mayores precauciones á medida que son más extremas y más nuevas. La cólera debe tenerse reservada para un momento supremo, como parece que la atmósfera tiene reservado el rayo para devorar los miasmas. La variedad es lo más agradable en el arte. El contraste, lo más necesario. Y á lo sublime debe aspirarse escasas veces, y muy rápidamente, porque lo sublime es como un punto raro en el cielo del alma y el sentimiento que inspira como una breve sacudida eléctrica.

Y escribiendo de corrido estas reflexiones, creo haber escrito la estética de los discursos de Figueras. Son sobrios, correctos, vivos, intencionados, corteses, razonados, serenos, extraordinariamente hábiles, y por lo mismo persuasivos. Pero cuando necesita lo sublime, toca en lo sublime. Acordaos de aquella noche en que pronunció su «Creo en Dios», el cual convirtió por un momento la Asamblea en templo. Y cuando necesita cólera, sabe ser colérico. Acordaos de las célebres últimas imprecaciones contra el duque de Montpensier.

Pero su cualidad esencial es aquella fina sonrisa que mata á los contrarios como un veneno sutil. ¡Qué cierta vista para adivinar el punto flaco de la fortaleza enemiga! ¡Qué táctica para sembrar la discordia! ¡Qué prodigiosa memoria para traer los recuerdos históricos que más pueden molestar al gobierno que tiene en frente! Y sobre todo, ¡qué oportunidad! El conoce todas las triquiñuelas reglamentarias. El sabe cómo se empeñan las batallas cuando sus enemigos no pueden pelear. El hace tempestades en los bancos adversos, con la misma facilidad con que las deshace en los bancos de sus amigos.

Y en todo, ¡qué brevedad, qué rapidez! Homero llamó principalmente á su Aquiles, el de los ligeros pies; y la elocuencia de Figueras podíamos llamarla de alas ligeras, si no hubiéramos visto cómo esas alas ligerísimas resisten á la tempestad. En la escaramuza, en la refriega, para dirigir una guerrilla, para dar un asalto, para todo aquello que necesita la inspiración del momento, no tiene Figueras rival en el Parlamento español.

Es siempre un orador de combate. Por eso en la Asamblea Constituyente, convertida á veces, por la naturaleza excepcional de los asuntos propuestos, en academia, no brillan tanto sus discursos de exposición de doctrina como sus discursos de polémica apasionada, instantánea, cuando el conflicto viene súbitamente, cuando responde á una provocación, cuando la nube le sorprende en senderos inexplorables, y el trueno inesperado le aturde los oídos y el relámpago serpentea ante sus propios pies; entonces todo cuanto le contraría le fortalece, y la dificultad le agranda.

Las actas de las diputaciones de Figueras son las actas del progreso de la idea republicana en España. En el primer Congreso á que asistió, allá por 1850, estaba solo, cuando apenas tenía veinticinco años. Después ya se encontró con dos ó tres compañeros. En 1854 eran veinte los que votaron contra la monarquía. En 1869 han sido setenta los que han votado por la República.

Cuando Figueras entró en la Cámara solo, casi un niño, con la timidez propia del que viene por vez primera á la corte, y se encuentra con una monarquía tan fuerte, con una reina todavía popular, con oradores que defendieran aquel trono y aquella reina, con generales que guarecían tanto poder, con todo el brillante y dorado muro de la centralización tras el cual se parapetaba una tradición de veinte siglos rejuvenecida por el aliento de la libertad moderna, seguramente no podía pensar que á sus pasos aquellos cimientos retemblaban, que á su voz aquella corona se perdía, y que la Providencia le tenía destinado el contribuir en primer término á derrocar el falso idolo. Le ha tocado, pues, de derecho la dirección de la minoría republicana en la campaña de las Constituyentes.

¡La minoría republicana! Prescindiendo de la escasa parte que ha podido tocarme en sus luchas, en sus victorias, en sus votos; entre setenta se pierde mi personalidad completam-nte. La minoría republicana será juzgada en lo porvenir y tenida por una falange tan denodada como los hombres de 1812, y no menos ilustre. Su entusiasmo por las ideas no ha tenido límites; su perseverancia en el combate no ha tenido rival. A ella corresponde la gloria de haber dado á las discusiones esa calma y esa varonil serenidad, tan propia del convencimiento perpetuo y de la fortaleza incontrastable. Ella ha elevado las cuestiones más arduas y los más difíciles problemas á las luminosas regiones de la ciencia. Ella ha aconsejado al país constantemente el orden, no sólo como una necesidad suprema del momento, sino como una táctica necesaria del partido. Su voz ha ahogado la intolerancia religiosa.

Sus debates han despertado en el vecino pueblo de Portugal las nobles aspiraciones republicanas que han de coronar y perfeccionar nuestra nacionalidad. Sus ideas han sido como un rayo de luz penetrando en el calabozo de los pueblos oprimidos. Europa, desde el Estrecho de Gibraltar hasta los mares de Grecia, y desde Noruega hasta Italia, ha traducido á todas las lenguas esos discursos, que han convertido por espacio de seis meses la tribuna española en lo que fué en mejores tiempos la tribuna francesa, en el Thabor de la conciencia humana.

En las obras y en la conducta de la minoría republicana cabe una parte muy principal á nuestro amigo el Sr. Figueras, á su elocuencia, á su rectitud, á su entereza. Tal vez algunos echen de menos en nuestro amigo algunas otras cualidades, como si en la contingencia humana, en la variedad infinita de sus medios no se tuvieran unas facultades á expensas de otras facultades.

Si en la naturaleza quisierais forjar un sér perfecto

con la voz del ruiseñor, la fuerza del elefante, la agilidad del caballo, el vuelo del águila, forjaríais un monstruo. Pues lo mismo sucede en el espíritu. La sublime indignación de Mirabeau no se armoniza con la perfecta y hermosa forma de Vergniaud; el primero es grande por sus discursos breves como aquellos dísticos de Esquilo que inspiraban el terror trágico, y el segundo es grande por sus discursos perfectos como una tragedia de Sófocles y como una estatua de Praxiteles. Fox no entusiasma á su auditorio sino siendo muchas veces precipitado y confuso; Chatam no admiraba por su majestad, sino siendo muchas veces frío; Burke no rayaba en lo sublime sino perdiéndose en lo oscuro, como si necesitara amontonar tinieblas para que centelleasen mejor sus relámpagos.

Yo no creo exagerar si digo que la elocuencia española raya donde rayar puede la primera elocuencia parlamentaria de Europa. Yo no hago más que repetir un juicio universalmente admitido, colocando al Sr. Figueras en el coro inmortal de nuestros primeros oradores. Unos brillarán por la energía, otros por la fuerza de su lógica, otros por su grande elocuencia; ninguno tanto como él por la oportunidad, por el ingenio, por la habilidad, por la destreza, por los dotes más excelentes de los oradores parlamentarios. Yo de mí sé decir que una de las mayores satisfacciones de mi vida ha sido pelear á su lado, y uno de los más gratos recuerdos de mi memoria, sus combates y sus triunfos, dignos de la más noble de las causas, dignos de la República, que vencida hoy para reaparecer más fuerte mañana, le contará entre sus fundadores y sus héroes.

EMILIO CASTELAR.

No hemos creído poder honrar mejor la memoria de don Estanislao Figueras, cuyo cadáver será trasladado mañana al mausoleo que se le ha erigido en el cementerio Civil del Este, que publicando íntegra la biografía que de él hizo el más grande de los oradores contemporáneos.

### UN BANQUETE

La Junta directiva del partido republicano progresista ha obsequiado con un gran banquete en el hotel Inglés á los republicanos extranjeros que han venido al Centenario.

Aplausos merece ese acto de cortesía, mas creo que lo hubiera engrandecido el invitar á los emigrados, especialmente al teniente González y los cuatro sargentos que estuvieron con él y con Villacampa en la capilla, á fin de que los extranjeros admiraran la estima en que aquí tenemos á los que por la revolución se sacrifican; y hasta por haber tenido un soberbio tema para sus discursos. El entusiasmo hubiera rayado en delirio, si un progresista se levanta y dice, punto más, punto menos:

«Estos que veis, ilustres huéspedes, presidiendo el banquete que tenemos el honor de ofrecerlos, son los que atestigüaron con el sacrificio de su carrera, y en poco estuvo que no lo hicieran con el de su vida, la virilidad de las ideas republicanas; los que se libraron por horas de ser fusilados; los que han arrastrado la cadena en el presidio y sufrido hambre en la emigración; nuestros hermanos, en fin, que ocupan el primer puesto en nuestras alegrías como lo ocuparon en el peligro, y con quienes partimos nuestro pan, creyéndonos muy honrados con que lo acepten.»

Esto, dicho al beber la primera copa de champagne, satisfecho el cuerpo y regocijado el espíritu, habría sido la nota patriótica, humana y sublime que hubiera vibrado siempre en el corazón de los extranjeros al recordar su viaje á España.

Y no solo debieron convidarlos por darse importancia, sino por evitar (pues bien pudiera haberse dado este caso), que al salir del banquete un emigrado extendiese la mano implorando una limosna, y los extranjeros hubieran entonces advertido cuánta y cuán dolorosa diferencia hay en esta nación hidalga entre los que impulsan á la revolución y los que son impulsados.

JOSÉ NAKENS.

### EL REGIONALISMO

El que quiera conocer bien lo que son las regiones que hoy se nos quieren presentar como unidas á la causa de la República, que lea el notabilísimo *Estudio crítico* que, con el título del *El Regionalismo*, acaba de publicar el renombrado publicista D. Enrique Vera y González, doctor en derecho y ex-director de *La República*.

En él se demuestra cumplidamente con datos históricos, que el regionalismo, que viene adquiriendo lamentable preponderancia en el campo federal, es el regionalismo tradicionalista; y que todo el que lo sanciona, se coloca en pugna con los principios fundamentales de la democracia, que opone á la inmovilidad y á la rutina la renovación y el progreso; y esto lo dice un hombre que, como el señor Vera, viene figurando desde los comienzos de su vida política en las filas de la agrupación federal pactista.

### Habla el Sr. Vera:

«Dentro de la lógica de nuestras ideas, no caben más afirmaciones en lo que respecta á la Constitución política del país, que la autonomía del individuo y la del municipio. Para los muchos federales que deseamos, no solo la integridad y permanencia, sino el engrandecimiento de España, hay otra afirmación que añadir: la autonomía de la Nación.»

«Dada la creciente osadía del regionalismo histórico y separatista, parapetado hoy en los partidos carlista y federal, colecciono este pequeño trabajo, que tal vez inicie en los elementos federales un movimiento de protesta contra las tendencias funestas y absurdas de los que pretenden volvernos á la Edad Media, sin saber lo que se proponen ó sabiéndolo demasiado. Tiempo es ya de oponer algún dique á las audacias del elemento tradicionalista, y yo me honro con llevar á esa imprescindible obra mi grano de arena. Lleven más sólidos materiales los que pueden y deben hacerlo.»

Y no sigo copiando, porque llenaría el número, seducido por los numerosos é irrefutables argumentos que el Sr. Vera emplea en su *Estudio* para demostrar que únicamente halaga el regionalismo á la reacción, que sería en último término la que de él se aprovechara. Por lo tanto, me limito á recomendar el *Estudio*, que se vende á peseta en las principales librerías y en la redacción de *El Motín*.

### LA CARICATURA

En el número correspondiente al 11 de Septiembre próximo pasado, publicó *El Heraldo de Madrid* esta noticia:

«El corresponsal de un diario de París, que actualmente está en los Pirineos, le envía un entretenido y auténtico eco de la última peregrinación á Lourdes.

En uno de los trenes llenos de gentes más ó menos enfermas, que van á buscar en la piscina de Mariá Alacoque la curación más que problemática de sus males, se encontraba un sér derrengado que, durante el viaje, había sido constantemente objeto de la solicitud de sus vecinos.

En la estación de llegada, cuando hubo de bajarse del tren, se trató de quien se encargaría del desgraciado enfermo que, con ayuda de cuerdas, muletas, etc., fué trabajosamente traído del vagón y depositado en medio de la vía.

Pero de repente un empleado se precipita gritando y gesticulando desesperado en dirección al grupo, diciéndole: —¡Desgraciados! lo han colocado ustedes contra vía, y en este momento llega el expreso!

Entonces, cuando todo el mundo perdía la cabeza, se vió de repente —¡oh milagro antes de la piscina!— que nuestro lisiado se endereza sobre sus piernas, arroja como puede los utensilios que le servían para su marcha rastrera, y escapa con la ligereza de una liebre.

Algunos escépticos que estaban allí se han reído con toda su alma de esta intervención, algo prematura, de la Santa Virgen, para una curación que no estaba —como hacen los prestidigitadores— preparada de ningún modo.»

En esta noticia está basada la caricatura del presente número.

### BIBLIOGRAFÍA

*Naturalista de las cosas*, versión en prosa del poema *De rerum natura*, escrito por Tito Lucrecio Caro, y traducido por D. Manuel Rodríguez Navas.

Aunque no fuera más que por contribuir al conocimiento de las grandes obras de la literatura clásica pagana, poniendo al servicio de la ilustración general una labor importante y una erudición vasta, merece el Sr. Rodríguez Navas el aplauso de los hombres cultos. Pero, hay más motivos que estos para celebrarle por el volumen que acaba de publicar. Lucrecio Caro, como todos los escritores de alto vuelo, tuvo el valor de dirigir sus ataques á las teogonías que le parecían falsas, perniciosas, y que daban un carácter de absurda fábula á la concepción del Universo y á la explicación de las leyes que le rigen. Con mente serena, alta inspiración y doctrina exacta, desagredió los mitos buscando en la ciencia lo que la tradición y la preocupación religiosa no podían explicar satisfactoriamente. Que sus teorías científicas no eran conjunto de ideas y sistemas erróneos lo prueba el que aún gozan muchas de ellas crédito entre los sabios, y esto solo bastaría, dada la antigüedad del poema, para consagrar al autor como uno de los que han hecho mucho por la verdad, y, en consecuencia, por el progreso del género humano.

Se vende el libro al precio de tres pesetas en las principales librerías y en casa del traductor, Carranza, 21, 3.ª izquierda, Madrid.

*El Programa común del republicanismo ibérico*, redactado por el nicanable propagandista D. Ernesto Bark. Merece ser leído por todos los buenos democratas, porque tiende á completar la patriótica obra de la coacción de la prensa y las tendencias de unión que se manifiestan con entusiasmo en todos los centros republicanos. En el folleto se trata del *Problema militar*, la *Cuestión religiosa*, la *Unión ibérica* y el *unitarismo* y la *República* y el *obrero*. Precio en librería una peseta. A los lectores de *EL MOTIN* se les dará por veinticinco céntimos.

*Aurora*, novela original de D. Antonio Redondo Orriols. Su autor justifica por todos conceptos la fama dignamente adquirida de escritor castizo y elegante en sus campañas periodísticas. Precio, dos pesetas cincuenta céntimos.

*Almanaque de El Cencerro* para 1893. Precio, cincuenta céntimos. La misma gracia é intención que todos los años, pero con mas texto y mas grabados. Arco de Santa María, 25, 3.ª

*El viaje de Colón*, oda corregida y aumentada por D. Pedro Martínez de Lagran. Precio, una peseta. Librería de Gutenberg, Príncipe, 11, y de San Martín, Puerta del Sol, 6.

*Los Cosacos*, por el conde León Tolstoy.—Hermosa novela: una de las mejores del autor de *La Sonata de Kreutzer*. tres pesetas.

*Manual de espiritismo*, folleto por Lucía Granges, directora de *La Lumière*, Treinta y cinco céntimos.

Imprenta: opuler, Plaza del Dos de Mayo, 4.